

5

El caballo y el jinete ibéricos

Eduardo Agüera Carmona



UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

El caballo y el jinete ibéricos

Eduardo Agüera Carmona

UCOPress



Editorial Universidad de Córdoba

El caballo y el jinete ibéricos

El caballo y el jinete ibéricos.- Córdoba: UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba.
37 pp.

THEMA: DNG, WNGH

Colección Biblioteca Ecuestre

Serie: La Domesticación del Caballo e Historia de los Arneses y Útiles de Manejo, 5

© Eduardo Agüera, 2020

© UCOPress. Editorial Universidad de Córdoba, 2020

Campus de Rabanales. Ctra. Nacional, IV, Km. 396. 14071 Córdoba

Telf. 957 212 165

<https://www.uco.es/ucopress> · ucopress@uco.es

Diseño y maquetación: Lucía Trinidad Figueredo Fernández

ISBN: 978-84-9927-501-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.
Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org).

*A Marisa,
esposa y compañera,
por compartir toda una vida.*

Libros de la serie

1

La domesticación del caballo en la Prehistoria

2

El sometimiento de los équidos: el bocado

3

El jinete y la evolución de la brida

4

La montura o silla de montar

5

El caballo y el jinete ibéricos

6

La herradura con clavos

7

El estribo y otras innovaciones ecuestres medievales

Índice

Introducción	11
Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos.....	11
I. El caballo y el jinete ibéricos	15
I.1. El caballo en la Península Ibérica.....	15
I.2. El jinete ibérico	24
I.3. El carro de la Península Ibérica	32
Referencias Bibliográficas.....	35

Introducción

En época ibérica existieron dos tipos de caballos bien diferenciados:

- Un caballo, de perfil convexo o subconvexo, de carácter rápido ágil y valiente, y de una estatura de 1,36- 1,45 m., que geográficamente se hallaba en el Sur y Sureste peninsulares y también por el Norte de África. Polibio, dice de ellos, que no sólo eran veloces, sino también obedientes y sumisos, y admiraba cómo se quedaban apacibles a la espera del regreso de los jinetes, sin temor al ruido y a los movimientos del combate cercano, detrás de la línea de batalla, atados a pequeños postes de hierro que se clavaban en tierra.
- Otro tipo de caballo, de menor envergadura, carácter más flemático aunque resistente, perfil recto, altura a la cruz de 1,28-1,32m., y distribuido geográficamente por el Noroeste peninsular. Entre estos, resultó famoso el caballo Asturcón, el cual llegó a ser considerado entre los romanos como paradigma del caballo de lujo. La singularidad del caballo Asturcón, era por su natural locomoción de ambladura y su fortaleza física.

El uso del caballo como montura no se generalizó entre los pueblos ibéricos hasta después de principios del siglo V a.C., pues el bocado en la cultura ibérica fue una innovación importada y tardía. En este sentido, parece que la monta a caballo era una acción singular de una élite social bastante selectiva, que utilizaba la caballería en el combate como sorpresa de ataque y apoyo a la infantería, con la que combatía pie a tierra.

Los jinetes ibéricos eran gente armada, juramentada, disciplinada y sobrada de habilidad y arrojo sobre el caballo, y fueron también especialistas en la aplicación de las “razzias”, incursiones puntuales en busca de saqueo. A este respecto Justino señala, “es un pueblo de viva agilidad y espíritu inquieto y para la mayoría son más queridos sus caballos de guerra y sus armas que su propia sangre”.

Los jinetes ibéricos utilizaban para la monta una brida dotada en su cabezada del correspondiente bocado, y su montura era rudimentaria –silla sin arzones-

En cuanto a los carros tirados por dos équidos, grabados en las “estelas” procedente del bronce final (1500-900 a.C.), eran contruidos de dos ruedas (llenas o con escasos radios) y el eje a mitad de la caja, como también lo hacían otras culturas propiamente mediterráneas. No obstante, dada su demostrada antigüedad, parece este diseño fue una iniciativa de origen autóctono.

Breve semblanza histórica en el desarrollo de los hechos

En el Mediterráneo occidental, se materializaron otras civilizaciones, que con el estímulo orientalizante (de fenicios y griegos), así como por las sucesivas llegadas de élites indoeuropeas, terminaron por conformar las culturas tartésica, turdetana e ibérica. Estas culturas, ante las riquezas mineras y agrarias de sus territorios, acabaron por atraer primero a su expolio y después para su asentamiento a otros pueblos emergentes. Todo ello, en esencia determinó el desarrollo del primer milenio (de antes de nuestra era) en la Península Ibérica.

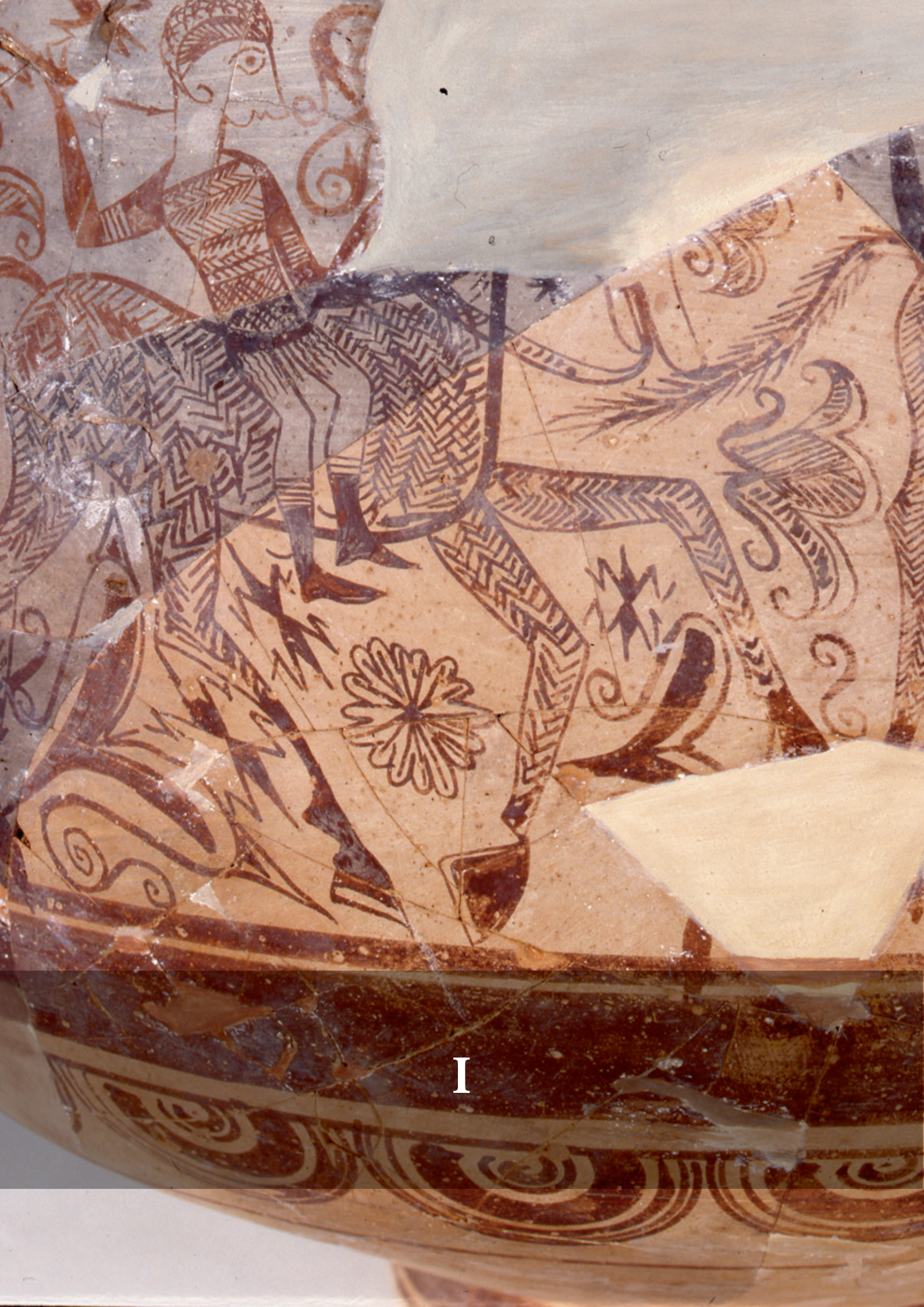
Siempre por referencias externas (Herodoto, Estrabón, Ptolomeo, Polibio, Mela, Tito Livio, Silio Itálico, Plinio y otros) por desconocerse -a pesar de las abundantes inscripciones existentes- las lenguas ibéricas, así como por recientes comprobaciones arqueológicas, se ha logrado una

amplia perspectiva de cómo se configuró el sustrato indígena de la Península Ibérica. Éste al verse influenciado comercial y culturalmente por fenicios (a partir del siglo VIII a.C.), y griegos (tras el siglo VI a.C.), favorecieron de forma secuenciada el florecimiento en la baja Andalucía de la riqueza y cultura tartésica, en la alta Andalucía de la turdetana, en el Levante de las culturas propiamente ibéricas¹, mientras que localizados en las dos mesetas peninsulares las de los celtíberos².

No obstante, en el último tercio del milenio, los intereses de Cartago y Roma violentaron el natural desarrollo de los citados pueblos cuyas riquezas y culturas para entonces ya eran notables, y lo peor sin duda resultó que, dado el reconocimiento por parte de los invasores de los invadidos como pueblos valientes y belicosos, los guerreros (excelentes jinetes) de estos pobladores indígenas fueron utilizados como mercenarios y/o soldados en sus propios ejércitos.

1 Estrabón, sobre la geografía peninsular por los grados de civilización señalaba tres Iberia: a) los iberos, moradores del Sur y del Levante incluido una cuña que penetra en el río Ebro; b) los pueblos ubicados en las dos mesetas y Alto Ebro: los celtíberos; y c) los bárbaros, pueblos pertenecientes a la horda septentrional.

2 los cuales habían recibido influencia de las élites transpirenaicas de los pueblos indoeuropeos (protoceltas).



I. El caballo y el jinete ibéricos

La Península Ibérica, siempre fue un territorio favorable para la cría del caballo, y sus productos gozaron no sólo de exquisita bondad sino que también hallaron el reconocimiento por parte de otros pueblos vecinos y competidores. En temas precedentes ya se ha dejado constancia de la abundancia y calidad³ de los équidos peninsulares. Especialmente singular, por sus favorables condiciones geo-ambientales para el caballo, fue el Sureste peninsular donde en todas las épocas han surgido famosos ejemplares de esta especie. Estos precedentes también prevalecieron durante el primer milenio (antes de nuestra era) a la que ahora toca analizar. El nombre de Iberia y después Hispania, siempre han estado inseparablemente unidos al caballo y está convencionalmente aceptada por parte de todos (propios y extraños) de la abundancia, bondad y calidad de sus ejemplares.

Asimismo, aunque los jinetes ibéricos no disfrutaron, como sus coetáneos de otras culturas próximas más avanzadas de la innovación de una silla de montar, pues cundo montaban lo hacían sobre cubiertas de pieles u otras monturas fabricadas con fieltros y pieles curtidas, dada su habilidad y arrojo sobre el caballo, y por ser especiales protagonistas en la historia de la equitación merecen también aquí su consideración.

Con todo ello, se pretende desvelar en la Península Ibérica durante la edad de hierro los principales valores en relación al caballo, así como esclarecer las peculiaridades de su monta. Para desarrollar el texto sobre esta cultura ecuestre ibérica, queremos por adelantado dejar constancia, que nos hemos fundamentado en la obra de “**Quesada, F. y M. Zamora. (2003). *El caballo en la antigua Iberia. Estudio sobre los équidos en la edad del hierro*. UAM, Ed. Madrid.**”, que el primer firmante nos hizo llegar gentilmente en su día.

I.1. El caballo de la Península Ibérica

Fundamentados en el conocimiento sobre los tipos de caballos⁴ que territorialmente han llegado hasta nuestros días, y siempre desde una óptica personal, aunque tomando buena cuenta de las consideraciones de un colega tan prestigioso como Abad Gavín⁵, entendemos que en la Península Ibérica durante el primer milenio antes de nuestra era, existieron bien diferenciados dos tipos de caballos:

a) Un caballo de perfil⁶ convexo o subconvexo, con aptitudes de rápido ágil y valiente, y una estatura⁷ de 1,36- 1,45 m.⁸, los cuales geográficamente se hallaba en el Sur y Sureste peninsulares y también por el Norte de África. Este caballo, entendemos ha sido el originario del caballo Andaluz (hoy también conocido como Pura Raza Española), Lusitano, Bereber y Menorquino.

3 En el Paleolítico, expresado en el arte rupestre. Y en el Mesolítico y Neolítico, por las representaciones en el arte levantino peninsular.

4 Distintos tipos de razas y territorios geográficos peninsulares con los que se les relacionan.

5 Abad Gavín, M. (1999). “El caballo en la historia de España”. Ed. Universidad de León.

6 El perfil (de la cabeza) del caballo, tiene trascendencia genética por ser un carácter morfológico perteneciente a la cabeza y ser ésta la parte corporal de menor condicionamiento ambiental (dependencias en la alimentación y crecimiento del animal, climatología y fauna temporal, y otros).

7 Altura desde las lumbres (del miembro torácico) a la cruz (tubérculos de las apófisis espinosas de las vértebras torácicas 2ª a 7ª), con el miembro aplomado.

8 Según referencias y yacimientos arqueológicos.



fig. 1. Exvoto de jinete en bronce procedente de Despeñaperros (Santa Elena, Jaén) que se halla en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.

b) Otro tipo de caballo, éste de menor envergadura, aunque resistente, carácter más flemático, perfil recto, altura a la cruz de 1,28-1,32m., y distribuido geográficamente por el Noroeste peninsular. A este otro caballo, Abad y otros denominaron como caballo thieldon. A este caballo se le asigna una procedencia indoeuropea –celta-, y todos los indicios hacen sospechar que fue originario de diferentes razas que han llegado hasta nosotros, como la Sorraia, Gorrón, Losino, Asturcón, Pottok y/o la jaca Navarra.

c) El caballo castellano, el más numeroso peninsular en la Época Medieval y Moderna, puede ser considerado un cruce entre algunas de las razas de estos dos tipos de caballos. Estos otros caballos, pudieron tener su origen en la cultura celtíbera de las Mesetas peninsulares.



fig. 2. Pequeña figura de caballo enjaezado en bronce procedente de Cacho Ruano (Zalamea de la Serena, Badajoz). Siglos VI-V a.C.. Museo de Badajoz.

Pues bien, respecto al primer tipo de caballo -caballo de perfil subconvexo, de mayor alzada, temperamento ágil y rápido, y otros aspectos morfológicos reconocibles tales como ofrecer sus grupas redondeadas, cuellos engallados y abundancia de crines-, resultan fácilmente detectables y por tanto confirman su existencia en época ibérica, en algunos yacimientos arqueológicos tales como el bajorrelieve de “El caballo de un jinete ibérico de Cástulo”, en representaciones en cerámicas decoradas –especialmente en las de “San Miguel de Liria” - y otras piezas arqueológicas plásticas llegadas hasta nosotros.

En cuanto a las referencias bibliográficas de literatura grecorromana de la época, ya en el “**Corpus Hippiatricorum Graecorum**” se mencionan los caballos ibéricos como “*grandes, de cuerpo regular, derechos, de cabeza bonita, de espalda bifida, de ancas poco hermosas, pero muy fuerte para viajar, sin enflaquecer y muy valientes*”. Por su parte, **Lucilio**, que sirvió como jinete de caballería de Escipión el numantino, llega a decir de ellos en uno de sus versos, que pese al porte tranquilo, el caballo ibérico superaba al de la Campania por su perseverancia en la carrera. Y **Columela**, exalta tanto la velocidad de estos caballos, que llega a contar como un hecho natural como las yeguas en Hispania puedan ser fecundadas por el viento. En este

sentido, **Plinio** el Viejo, en su “Historia natural”, además de resaltar la abundancia de caballos peninsulares, también refiere que “*consta que en Lusitania, cerca del puesto fortificado de Olisipo y del río Tajo, las yeguas que están vueltas al viento Fanovio, cuando sopla, reciben un espíritu animal que se convierten en un potro, que nace en consecuencia muy veloz, pero que no pasa de los tres años de vida (HN 8, 166)*”⁹. **Polibio**, aduce que los caballos ibéricos no sólo son veloces sino también obedientes y sumisos, y relata cómo se quedaban apacibles detrás de la línea de batalla, a la espera del regreso de los jinetes, sin temor al ruido y a los movimientos del combate cercano, atados a pequeños postes de hierro¹⁰ que se clavaban en tierra: “*tienen una particularidad los celtíberos en el combate: cuando ven a sus infantes en aprietos, tras echar pie a tierra, dejan los caballos en formación; pues tienen unos pequeños clavillos fijos en el extremo de las riendas de los caballos y, tras clavarlos en el suelo, han enseñado a los caballos a permanecer hasta que regresan y sueltan los clavos (Polibio)*” (*). **Lucilio y Estrabón** también se admiraron de la docilidad de estos caballos, destacando cómo se arrodillaban a la voz de mando, bien a la espera tras la línea de batalla o para dejar subir a su jinete “*Y mezclada con la fuerza de infantería había también caballería, pues sus caballos están enseñados a ascender a los montes y, cuando hace falta, a arrodillarse rápidamente si se lo ordenan. (Estrabón 3,4,15)*”(*). Velocidad, resistencia, temperamento y buen adiestramiento, son también caracteres reconocidos y ensalzados en la actualidad, y valorados como cualidades propias del caballo andaluz y razas afines.



fig. 3. Relieves en piedra de arenisca de caballos procedentes del santuario de las Mesas de Retamal de Luque (Baena, Córdoba). Siglo V a.C.. Museo Arqueológico de Sevilla (Fotos del autor).

9 y (*) Quesada, F. y M. Zamora. (2003). El caballo en la antigua Iberia. Estudio sobre los équidos en la edad del hierro. UAM, Ed. Madrid.

10 Largos clavos aparecidos en necrópolis funerarios (Cigarralejo y otras) que el jinete ibérico hincaban en tierra, para atar las riendas de su caballo, mientras combatía pie a tierra.



fig. 4. Exvotos de caballos ibéricos en bronce que se encuentran en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid.



fig. 5. Exvotos de jinetes ibéricos pertenecientes al Museo Arqueológico Nacional de Madrid

Respecto al otro tipo de caballo, el que se describe como de menor tamaño y procedencia indoeuropea, el thieldon y otros distribuidos por el Noroeste peninsular, también adquirieron notabilidad por parte de sus coetáneos. En este caso sobresalieron por su fortaleza física y su peculiar locomoción. Concretamente, de entre ellos, resulta famoso el caballo Asturcón, el cual llegó a ser considerado entre los romanos como paradigma del caballo de lujo, pues en el Imperio Romano se consideraba un reconocimiento social¹¹ al ciudadano que podía alojar en sus cuadras un caballo Asturcón.

La singularidad de estos caballos respecto a otros grupos¹², según referencias bibliográficas, era por su fortaleza física y de modo especial por su natural locomoción de ambladura¹³. La ambladura, es un aire de locomoción que realizan algunos équidos que tiene de característico que el animal en marchas lentas hace avanzar simultáneamente los miembros (pie y mano) del mismo lado del cuerpo. Al avanzar unilateralmente los miembros en vez de combinar los bípedos diagonalmente, el equino evita hacer bascular la pelvis en la locomoción. Esta ausencia de basculación posibilita un incremento en la frecuencia de pisadas, consiguiendo de este modo un mayor avance temporal (recorre más espacio por unidad de tiempo) y se expresa en su locomoción (al caminar) de modo diferente y singular al resto de los équidos (para más información véase en otros párrafos un anexo sobre la ambladura).



fig. 6. Relieve en piedra de jinete ibérico a caballo procedente de Osuna (Sevilla). Datado del Siglo III a.C.. Museo Arqueológico Nacional, Madrid.

También en el “*Corpus Hippiatricorum Graecorum*”, se refiere que “*los caballos celtiberos son pequeños, delgados y apropiados para la caza, proceden de los caballos salvajes y son aptos para la carrera pero no para el paso*”, y **Plinio** sobre el “*equus hiberus*” señala que “*no tienen la forma habitual de correr, sino más bien lo hacen a trote suave, es decir alargando los miembros alternativamente, los dos izquierdos y los dos derechos*” y menciona entre ellos a los thieldones: “*En*

11 Cicerón en sus ataques al falso lujo de los romanos: “le dice al oído que se extiendan lechos en la casa o que pida a su tío un etíope que vaya con él a los baños o que se disponga un sitio para un asturcón ante su puerta o que se prepare un frágil decorado para su falsa gloria” (Pseudo-Cicerón Rhet. Her. 4,63), en Quesada y Zamora, 2003.

12 El concepto de raza no fue acuñado hasta el siglo XIX.

13 Plinio el Viejo cita como ambladores dos colectivos de caballos Hispanos: Asturcones y Tieldhones. (Libro, VIII, cap. LXVII).

la misma Hespaña produce la tierra de Galicia y Asturias los thieldones, más conocidos por nombre de asturcones, cuyo paso no es de menospreciar, porque se mueven en una blanda andadura, estendiendo y encogiendo agraciadamente los pies y manos, a imitación de los cuales se enseñan a andar artificiosamente a otros caballos”. Y los asturcones de menor tamaño “(asturcón) este pequeño caballo que bracea rítmicamente con sus veloces cascos procede de pueblos auríferos”*.*



fig. 7. El “Jinete de La Bastida de Alcusses” (altura 7.3 cm) (Valencia). Siglos VI-V a.C.. Museo de Prehistoria de Valencia.



fig. 8. Restos de una boca de caballo pertenecientes al complejo escultórico de Procuno (Jaén). En este fragmento se ofrece el primitivo método de sometimiento (mediante una correa) del caballo que utilizaba el espacio interdentario mandibular de la boca. Museo Arqueológico de Jaén. Fotografía del autor

Otra fuente importante que confirma la abundancia de équidos en Iberia y especialmente la consideración que sus pobladores tenían sobre el caballo, nos las han proporcionado los **yacimientos de santuarios íberos**¹⁴, especialmente los hallados en territorio del Sureste peninsular. La época de mayor esplendor de actividad de estos lugares, parece fue durante los siglos V y IV a.C., siendo de especial interés los existentes en el área geográfica donde se desarrolló la cultura turdetana. Pues bien, en estos santuarios se han hallado multitud de imágenes pertenecientes a animales –caballos, jabalíes, lobos, leones, toros-, vegetales –hojas de hiedra, rosetas, otras- y seres fantásticos –esfinges, grifos, figuras aladas-, los cuales al parecer depositaban los devotos como ofrendas a un dios, pidiéndole protección o prebendas. Entre estos santuarios adquirieron un especial valor, por el numeroso material relacionado con el caballo, los de Despeñaperros (Santa Elena, Jaén), El pajarillo (Huelma, Jaén), Luque (Baena, Córdoba) y Pinos Puente (Granada), así como las Necrópolis del cerro-santuario de Cigarralejo (Murcia), de Baza (Granada) y Cacho Ruano (Zalamea de la Serena, Badajoz), entre otros. Sobre estos extremos, recomendamos leer el anexo 3, donde se adjunta un trabajo de un alumno de la disciplina¹⁵ sobre el Retamar de Luque (Baena, Córdoba).



fig. 9. Restos de equipos de equitación ibéricos -bocados, cama y campanilla- hallados en el poblado de la Bastida de Alcusses, Valencia. (Siglos VI-V a.C.)

¹⁴ Construcciones sencillas, en cuevas o abrigos de significado religioso funerario.

¹⁵ Disciplina sobre “Domesticación y evolución histórica del manejo y producción del caballo” (de libre configuración curricular) en la Universidad de Córdoba, impartida por el Prof. Dr. E. Agüera en los cursos 2006-07 a 2011-12.

Las imágenes que se depositaban en busca de un favor divino, estaban realizadas sobre piedra de caliza blanda, tomadas con casi toda probabilidad de la zona del yacimiento. Estas eran de forma cuadrada o rectangular y un tamaño de entre 20 a 60cm. Su diseño, en su mayoría, se configuraba silueteando primero la figura y rebajando después la superficie de su alrededor, tan sólo algunos de ellos fueron grabados a base de incisiones. Los artesanos eran diversos e incluso se ha llegado a pensar, dada la diversidad de estilos y muchos de escaso valor artístico, que fueron realizados por los propios devotos.

Pues bien, en lo concerniente a las representaciones de caballos de estos santuarios y basándonos especialmente en los estudios realizados por F. Fernández Gómez¹⁶ -que analiza las 77 imágenes (caballos), halladas en la Mesa del Retamal de Luque (Baena, Córdoba)-, y los de Cuadrado y Ruano, podemos reseñar que estos diseños equinos, ofrecen la temática siguiente:

Se representan équidos siempre de perfil, éstos bien parados (75%) o en marcha (25%).

a) Silueteados en una, dos (yegua y cría) o tres (caballo, yegua y cría) unidades. Al igual que en los diseños de a) estos aparecen como flotando en el aire, y en muchos de ellos se observa una conformación inversa de sus corvejones¹⁷. Ello nos hace pensar que se tratan de diseños realizados de memoria, por tanto obtenidos sin tener delante el modelo al que se representan.

b) En otros casos aparecen los modelos bien perfilados, con crines, cascos y las articulaciones de los miembros (especialmente las de los corvejones) correctamente diseñadas. También se han hallado algunos caballos ataviados con sus atalajes.

En cualquier caso, dado el escaso valor artístico de la mayoría de las representaciones, no parece oportuno sacar consecuencias morfológicas de estos hallazgos. Tan sólo, nos sirven para ilustrar, dentro de la compleja realidad religiosa ibérica, sobre el elevado sentimiento con que las gentes de los pueblos ibéricos valoraban al caballo, haciéndolo su principal protagonista, –figura mayormente representada- entre los objetos de petición o beneficio divino, para el dios al que pedían protección o favores.

Todo ello en cuanto se refiere al caballo, pues el fomento de la cría y producción de híbridos equinos –mulos- utilizados para el transporte y el trabajo, de los que fueron especialmente afamados, en el Imperio Romano los originarios de la Bética, como refiere **Vegencio** en su obra de “Mulomedicinus”, parece se produjeron tras la romanización de la Península, por iniciativa de los gestores romanos de cada Provincia.

I.2. El jinete ibérico

Los autores grecorromanos de la época, presentaban a los celtíberos como individualistas, de temperamento especialmente belicoso y guerrero, siempre dispuestos al combate y dotados de una mezcla especial de valor y salvajismo. Además por su relación con los caballos, los íberos adquirieron fama en el Mediterráneo Antiguo, como los jinetes más apreciados –jinetes ibéricos-. Sobre ellos **Justino** señala *“es un pueblo de viva agilidad y espíritu inquieto y para la mayoría son más queridos sus caballos de guerra y sus armas que su propia sangre”*, y **Polibio** *“que los íberos se caracterizan por ser apegados al caballo y a la guerra, siempre dispuestos a entablar batalla”*.*.

¹⁶ Y*, En F. Quesada, y M. Zamora. (2003). El caballo en la antigua Iberia. Estudio sobre los équidos en la edad del hierro. UAM, Ed. Madrid.

¹⁷ Articulados, a modo de cómo se ofrece doblada la articulación del carpo, es decir hacia detrás (véase figura).

Esta amplia fama de valor y habilidad de los jinetes ibéricos, hizo que fueran utilizados como mercenarios por griegos, púnicos y romanos.



fig. 10. Escultura de guerrero a pie con su caballo perteneciente al complejo escultórico de Porcuna (Jaén), datado del siglo V a.C.. Museo Arqueológico de Jaén. (Foto realizada por el autor).

Así pues, los jinetes ibéricos eran gente armada, juramentada, disciplinada y sobrada de habilidad y arrojo sobre el caballo, que usaban como arma habitual en el combate la falcata¹⁸. En su época idealizaron las tradiciones épicas y fueron especialistas en la aplicación de las “razzias”, -incursiones puntuales en busca de saqueo-. **Jenofonte** (*), describe el modo de combatir de estos jinetes mediante “razzias” del modo siguiente: “Los jinetes de los atenienses y corintios no se acercaban mucho al ejército de los tebanos, pues los veían muy igualados a ellos mismos. Sin embargo, los jinetes de Dionisio –tropas de celtas e iberos- que habían acudido, dispersándose cada uno por un lado y pasando a la carrera, arrojaban jabalinas en el ataque; después de lanzar

¹⁸ Las falcatas de Almedinilla, Córdoba, que se conservan en el Museo Arqueológico de Córdoba, son de las más apreciadas piezas ibéricas.

contra aquellos, se retiraban y dándose la vuelta, arrojaban de nuevo jabalinas. Simultáneamente a esto, descendían de los caballos y descansaban; y si alguien los atacaba cuando estaban en tierra, montando de nuevo y con gran agilidad se retiraban". Asimismo textos antiguos alusivos a las revueltas de Indibil y Mandonio señalan que éstas consistían en un hostigamiento intermitente, en forma de guerra de guerrillas a las tropas romanas.



fig. 11. "Estela de Carmona (Sevilla).
Museo Arqueológico de Sevilla.
Fotografía del autor

En el contexto de la tradición jerárquica autóctona, el íbero utilizaba el caballo como instrumento bélico, medio de locomoción y símbolo de representación del guerrero. Así pues, la caballería ibérica en aquellas sociedades era muy importante, como lo demuestran las abundantes referencias arqueológicas llegadas hasta nosotros. Entre ellas, cabe destacar las esculturas de jinetes tanto en piedra -relieve en piedra del jinete de Osuna (Sevilla), complejo escultórico de Porcuna (Jaén), jinete ibérico de Albacete-; como en bronce -bronces de jinetes hallados en los Jardines de Despeñaperros, Santa Elena (Jaén), jinete de la Bastida de Alcusses (Valencia)-; decoraciones de marfiles en peines y placas de marfil -necrópolis del acebuchal de Carmona (Sevilla), o del llanete del Moro, Montoro (Córdoba)-; como ilustraciones de cerámicas -cerámicas del Tossal de Sant Miquel de Llíria (Valencia)-, e incluso como figuración monetaria, en el anverso de monedas ibéricas en curso de algunos poblados que pusieron en circulación a partir del 400 a.C..

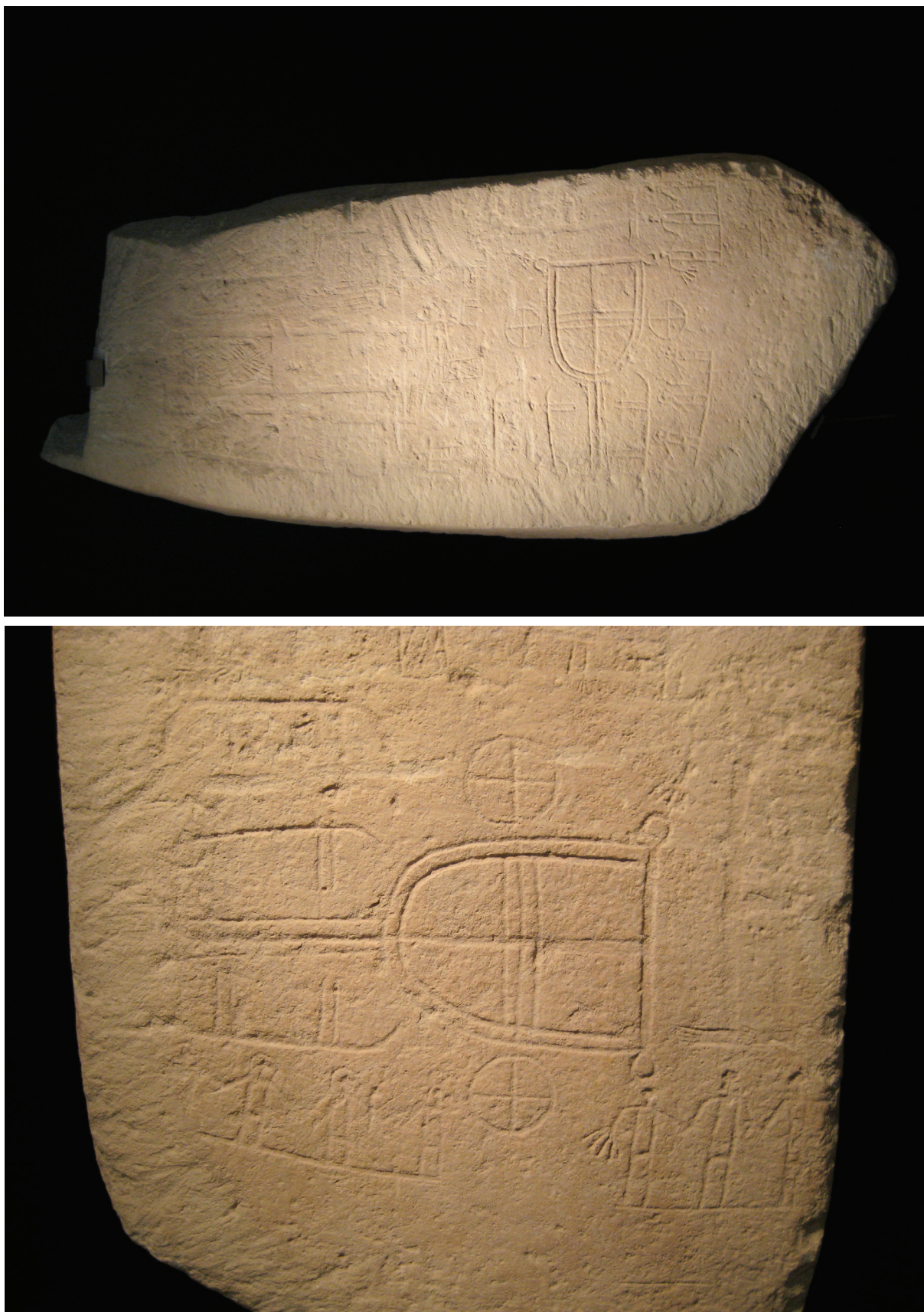


fig. 12. “Estela de Ategua” (completa), realizada en piedra caliza (de 1,60m de altura y 0,72m de anchura máxima), y detalle con representación del carro y figurantes. Esta estela fue hallada en el Cortijo de Gamarrillas, muy cerca de la ciudad antigua de Ategua. Siglo VIII a.C. Museo Arqueológico de Córdoba. Fotografía del autor.

Pues bien, a pesar que las pinturas rupestres levantinas habían demostrado en la Península, desde el epipaleolítico, la estrecha relación existente entre el hombre y el caballo, y de la constatada abundancia de representaciones en los yacimientos de época ibérica tanto de caballos como de jinetes, todos los indicios arqueológicos hallados hasta la fecha señalan que **el uso del caballo como montura, no se generalizó entre los pueblos ibéricos hasta después de principios del siglo V a.C.** Así pues, parece que la monta a caballo era una acción singular de una élite social bastante selectiva, que aunque manejaba el caballo con seguridad y soltura, utilizaba la caballería en la guerra como sorpresa de ataque, así como de apoyo a la infantería. Con ésta combatía en la batalla pie a tierra junto a su pueblo.

Para justificar esta aseveración, quizás pueda bastar con indicar que el bocado descubierto en el yacimiento de la Joya (Huelva) –VII-VI a.C.- de procedencia tartésica (por tanto de influencia fenicia), una de las culturas ibéricas más ancestrales, se trata de un bocado quebrado con caños. Éste estaba formado por dos piezas retorcidas que se engarzan mediante argolla doble: –bocado articulado¹⁹-, remachado con una cabezada semiesférica que lo sujetan a las camas. Es decir, se trata de un bocado articulado, bastante evolucionado en el natural proceso de sometimiento equino²⁰, que permitía someter la voluntad del équido y posibilitaba una monta bastante segura²¹. Otros bocados articulados, también se han hallado en yacimientos como el Cigarralejo (Murcia), la Bastida de Alcusses (Valencia) y otros.

Así pues, aunque en algunos casos se puede sospechar el uso de un bocado rígido – jinete de Albacete, el caballito de “El Cigarralejo” y otros-, todo parece indicar que el bocado cuando llegó a la Península estaba bastante evolucionado. Por tanto, todo hace pensar que **el bocado en la cultura ibérica es una innovación importada y tardía**. De esta forma, se puede entender que aunque en un principio el jinete ibérico se ayudara en la monta de una nariguera²², o mejor de la consabida “jáquima” considerada como propia y genuina del Sureste peninsular y Norte de África, el dominio y manejo del caballo resultara durante las primeras épocas (primera mitad del primer milenio a.C.), bastante primaria e inestable.

Ello aboca a reseñar que el uso del caballo no estuviera generalizado durante la época ibérica clásica, y los jinetes por esta inseguridad que le proporcionaba la carencia de un eficaz órgano de gobierno, prefirieran luchar en el combate pie a tierra, a hacerlo de forma inestable desde el caballo. Luego, tal vez por mantener sus propias tradiciones, la élite mantuvo la antigua costumbre de echar pie a tierra en la batalla y combatir de forma conjunta con su infantería.

Este modo de combatir, queda constatado en el siguiente pasaje de **Diodoro**, *“Como son hábiles en los dos tipos de combate, cuando han vencido en el enfrentamiento desde los caballos, echan pie a tierra, se integran en la formación de los infantes y luchan admirablemente”*. Otra prueba irrefutable de este acontecer, queda plasmado en el monumento escultórico del “Guerrero al pie de su caballo”²³ datado entre el siglo VII-V a.C. y obtenido en Cerrillo Blanco de Porcuna (ver fig. 10). En el mismo

19 Los Escitas fueron los primeros en utilizar el bocado articulado para el dominio y control de sus monturas y está convenida su aparición en torno al VIII-VII siglos a.C.. El bocado rígido, sin embargo, era de uso generalizado en Oriente Próximo por parte de Hititas y Mitanos, desde principios del 2º milenio, en el gobierno de sus carros ligeros de combate, y después por los Asirios en la caballería como cuerpo de ejército.

20 Véase temas precedentes (temas III y IV).

21 Advuértase que los Asirios, primer Imperio conocido que utilizó la caballería con éxito en el combate (siglos X a VII a.C.) casi con toda probabilidad sus caballos estaban (en mi opinión) todavía equipados de un bocado rígido, eso sí regulado por una brida (cabezada y riendas) de eficaz acción.

22 Como puede verse su utilización en las pinturas rupestres del “arte levantino” peninsular del epipaleolítico (véase por ejemplo la representación del “abrigo de Selva Pascuala”).

23 Fragmentos rehabilitados de 1,05 y 0,90 en piedra de arenisca, datados a mitad del siglo V a.C., que se conserva en el Museo Provincial de Jaén.

se representa a un caballo atalajado y su jinete a pie (ambos al paso) donde éste lancea la cabeza de un guerrero (en el suelo) vencido.



fig. 13. Tinaja procedente del Tossal de San Miguel de Liria (Valencia) con ilustraciones de jinetes (montado a horcajadas) en combate. Museo de Prehistoria de Valencia.



fig. 14. Vaso con representación de jinete a galope procedente de San Miguel de Liria (Valencia). Museo de Prehistoria de Valencia.

Para conocer el tipo de monta que practicaban los iberos, independientemente de otras posibles fuentes, nada mejor que fundamentarnos sobre las bellas ilustraciones tarsoibéricas plasmadas en algunas de las cerámicas halladas en el Tossal de Sant Miquel de Lliria (Valencia)²⁴. Entre ellas encontramos las representaciones de jinetes galopando -decoración del kalanthos 121 (dpto.11), tinaja 157 (dpto. 44), y otras-; en otros casos montando un trote muy extendido – decoración del levas nº129 (dpto.12/13)-, y también se representan jinetes al paso o en parada –decoración de la tinajilla 156 (dpto. 95)-. Es decir los jinetes ibéricos practicaban con normalidad todos los aires naturales que expresa el caballo en la equitación: paso, trote y galope. En todos estos casos el jinete mantiene en su mano izquierda la brida con la que controla el caballo, mientras que en la mano derecha, dependiendo de la actividad que se ilustra en la escena: guerra, caza o desfile-exhibición, se la diseña sosteniendo una lanza u otros objetos y armas²⁵.

Tras el análisis de estas cerámicas ilustradas de Lliria, existen varios hechos ecuestres repetitivos que nos llama especialmente la atención:

a) La calidad de los caballos dibujados (en este caso claramente caballos, no équidos). Ellos, aparecen con grupas aparentemente potentes y redondeadas; dorsos alargados; los cuellos bellos y engallados, con cabezas proporcionadas y expresivas, y sus miembros alargados y enjutos.

b) Otro hecho relevante, si no el que más, es el modo como se representan montando algunos jinetes. Pues muchos de ellos se diseñan haciéndolo de lado, dejando ambos miembros sobre el lado derecho, algo parecido a como montan las Amazonas (aunque estas lo hacen habitualmente desde el lado izquierdo). Esta postura de monta, en el mundo ibérico, sólo las hemos hallado en las ilustraciones de Lliria.

Pues bien, como posible explicación a estos hechos, si tomáramos esta actitud de monta desde una perspectiva simplista, podría tratarse de la copia idealizada de otras cerámicas griegas importadas²⁶. Sin embargo, el hecho de mostrar en Lliria otras ilustraciones coetáneas con los jinetes montando a horcajadas, como es el caso que se ofrece en la tinajilla nº 156, nos hace valorar se trate de un hecho real. Así pues, debieron existir otras motivaciones que aconsejara a aquellos jinetes ibéricos este tipo de monta, al menos en determinados momentos de acción, como cuando se representa al jinete con el caballo en carrera (a trote o galope) y con la lanza en la mano²⁷.

c) En cuanto a los arneses utilizados, cabe destacar que se puede observar el uso de la brida –muchas de ellas embellecidas con llamativos adornos frontales y con una campanilla en el ahogadero-, dotada en su cabezada del correspondiente bocado. El bocado se dibuja saliendo de la boca dejando los labios y las comisuras labiales libres, este hecho nos parece sólo una interpretación de diseño del propio artista. Por su parte, la montura, es rudimentaria y a la vista de los caballos que se representan sin jinete y con la montura puesta, ésta ha de ser de un material suficientemente consistente (cuero con rellenos) como para ofrecer en las imágenes una forma ensillada.

Otras fuentes que confirman estos extremos sobre los arneses utilizados, nos las proporcionan otras representaciones de caballos, con jinetes ataviados para la caza o la guerra, habituales en los

24 Ballester, I.; Fletcher, D., Pla, E.; Jordá Cerda, F. y J. Alcácer. (1954). *Corpus Vasorum Hispanorum*. Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Rodrigo Caro" de Arqueología. Madrid.

25 Lanza, honda, arco y flechas (escasas) o escudo.

26 También en la cerámica micénica aparecen representaciones de los jinetes con esta postura sobre sus caballos (véase en figuras de temas anteriores).

27 Desde luego, que esclarecer o aproximarnos a conocer el motivo de la práctica de esta monta lateral (por el lado derecho) de los jinetes de Lliria, podría merecer un interés adicional.

monumentos funerarios ibéricos. En estos casos, el jinete, en general, lleva en su mano izquierda una brida, la cual está dotada de bocado con camas que se extienden por la carrillera, sostenida mediante una cabezada con más o menos adornos, y monta sobre una cubierta mantenida por distintas ataduras con más o menos fortuna. Asimismo, resultan esclarecedor, la presencia en muchas excavaciones de yacimientos ibéricos de artefactos pertenecientes a la equitación: bocados, restos de camas, campanillas, espuelas, cascos (guerrero), clavos de hierro (de atadura al suelo), y otros.



fig. 16. Copa de pie bajo (de 29,5 cm de altura) del Tossal de San Miguel de Liria (Valencia) ilustrada con jinetes guerreros en acción montando lateralmente. Siglo II a.C.. Museo de Prehistoria de Valencia.

En cuanto al tipo de montura utilizada, puede servir como modelo la descripción que hace Blanco Freijera²⁸ en su estudio sobre un jinete ibérico de Cástulo, datado de entre finales del siglo V y principios del IV a.C.. Este jinete lleva un caballo bien controlado al paso y usa como montura la piel de un felino con manchas y garras (posible trofeo de bravo cazador), que se sujeta al dorso del equino mediante un ancho petral y dos cinchas abdominales con sus correspondientes hebillas. El conjunto, nos hace pensar, se trata de un noble caballero sobre un excelente ejemplar de caballo turdetano.

28 Blanco Freijeiro, A. (1983). Un jinete ibérico de Cástulo. *Lucentum* 2, 199-202.

I.3. El carro en la Península ibérica

Procedente del bronce final (1500-900 a.C.), en el sureste peninsular se han descubierto una serie de estelas²⁹ (grabadas sobre la superficie más apropiada), en las que se representan, grabados o cincelados, de forma desmañada³⁰: diferentes tipos de armas, carros con caballos, figuras humanas, instrumentos musicales y otros. Todo ello ha merecido la consideración de los arqueólogos de finales del siglo XX, y aunque aún no ha sido definitivamente cerrada la discusión sobre el significado de estas estelas ibéricas, parecen tratarse de señalamientos de cenotafios o marcadores de territorios de alto interés económico.

Entre estas estelas, una de las más monumentales es la “estela de Ategua”³¹ que perteneciente al periodo geométrico de la cultura tartésica, se halla en el Museo Arqueológico de Córdoba. Realizada en una piedra caliza de 1,60 m de altura y 0,72 m de anchura (véase fig. 12), está datada como perteneciente al siglo VIII a.C.. Su grabado muestra una probable heroización funeraria de un notable personaje. En el mismo, lo más trascendente³² para nuestros objetivos, resulta el dibujo cenital de un carro tirado por dos caballos y rodeado de otros dos caballos en libertad. Completan la escena las figuras de unos hombres que parecen realizar una danza ritual de acompañamiento. El diseño, de los caballos, es esquemático de trazo primario, y el carro está representado con el eje, que mantiene dos ruedas de cuatro radios, en la mitad de la caja.

Similar a la “estela de Ategua”, ocurre en el grabado de la “estela de Carmona” o en otras como las de Herencia (Toledo), Belalcázar (Córdoba) o Cabeza del Buey (Badajoz). En ellas también se representan **carros de dos ruedas**, de aspectos ágiles y rápidos, tirados por **dos équidos**. Del análisis de estas representaciones y fundamentados también por la difícil orografía peninsular, parece que el carro ibérico tuvo más una función de prestigio social, como marca de clase (indicativa de la pertenencia a clase privilegiada), que para un uso cotidiano de transporte.

Pues bien, Fernández-Miranda y Olmo³³ fundamentados sobre los restos del carro de Toya³⁴ y otros, también analizan los catorce carros representados en las estelas ibéricas, y refieren que once de los casos aparecen dotados de **ruedas macizas** (rellenas o vacías), y sólo en tres de ellos están dibujadas **ruedas de radios** -cuatro radios en la de Ategua-. Todo ello, habla del primitivismo de estos carros, pues incluso en el caso de la rueda con radios, el uso de cuatro radios fue la innovación histórica inicial en el paso de rueda llena a rueda de radios. Sin embargo, en nuestra opinión, lo más trascendente que resulta en los carros de estas estelas es el hecho que se representen todos ellos con el eje situado a mitad de la caja de transporte.

Precisamente respecto a esta **situación del eje** con la caja del carro, cabe destacar que mientras en el Oriente próximo y Mediterráneo oriental (carros hititas, egipcios, y asirios) el eje se situaba en la parte posterior de la caja³⁵, en las piezas arqueológicas pertenecientes a otras culturas mediterráneas (minoica, micénica y griega clásica) el eje, sin embargo, ocupaba la mitad

29 Rocas de diferentes tipos: diorita, arenisca, cuarcita, pizarra, etc.

30 Diferentes armas, carros con caballos, figuras humanas, instrumentos musicales y otros.

31 Esta estela fue hallada en el “cortijo de la Reina” cerca de Santa Cruz (Córdoba), próximo al yacimiento ibérico de Ategua, en una de las orillas del Río Guadajoz.

32 Al margen de la parte donde se representa la idealización del guerrero y la propia escena funeraria.

33 Fernández-Miranda y R. Olmos Romera. (1986). Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica. Monografías del M.A.N. 9. Madrid.

34 En Toya (Jaén), se halló un carro con dos ruedas de fundas metálicas y seis radios, datado de siglo IV a. C., estudiado minuciosamente por Fernández-Miranda y R. Olmos Romera. (1986). Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica. Monografías del M.A.N. 9. Madrid.

35 El eje así dispuesto aumenta la estabilidad del vehículo y de sus pasajeros durante su locomoción, aunque exige mayor fuerza de tracción.

de la caja³⁶. Desde luego compete a historiadores especialistas³⁷ determinar si la elección ibérica en el modelo de construcción del carro es de iniciativa autóctona o adquirida. Sin embargo, por la datación de “las estelas” donde están representados los carros, de haberse realizado bajo una posible influencia orientalizante debería haber llegado a lo sumo por parte fenicia, lo que por su procedencia geográfica estarían abocados a utilizar el modelo oriental, es decir con el eje dispuesto en la parte posterior de la caja del carro. Así pues, y a bote pronto, con las reservas que ello merece, parece descartable la orientalización en la construcción de carros en la Península Ibérica, por lo que cabe concluir que el diseño del carro peninsular, obedece a una iniciativa de origen autóctono y que cuando lo hicieron tal vez por su más natural factibilidad de tracción, coincidieron con la concepción mediterránea.

En cualquier caso, para completar el estudio sobre el carro ibérico, me parece oportuno terminar con una interpretación personal sobre un Friso de aspecto marmóreo de color gris-rojizo de Almodóvar del Río (Córdoba) que se encuentra en el Museo Arqueológico de Córdoba³⁸ (ver fig. 17), que nos puede dar idea de la evolución seguida en el carro tras la romanización de la Península. Pues bien, en el mismo se escenifica una representación de caza de un ciervo que precede a dos jinetes (en hilera), y a su vez seguidos de dos carros que los acompañan en la parte derecha del bajorrelieve. Personalmente estos carros los interpreto del modo siguiente: presencia de un carro de dos ruedas (ausentes por el desperfecto del friso) tirados por tres équidos, el cual precede a otro carro de transporte con cuatro ruedas de ocho radios y que se les representa tirado por cuatro équidos. Los jinetes que están cazando, montan claramente sobre sus caballos, sin embargo el cortejo equino que les sucede, tres delante y cuatro detrás tirando de los dos carros, son claramente híbridos³⁹ de équidos, es decir están tirados por siete mulo/as. El carro de cuatro ruedas es similar a otros carros de transporte de época romana, además los atalajes que se representan y el hecho de estar tirados por mulos enganchados en trío y cuadriga respectivamente, confirman la sospecha de pertenecer a una época romanizada.



fig. 17. Friso marmóreo de color gris rojizo de época romanizada procedente de Almodóvar del Río (Córdoba). Museo Arqueológico de Córdoba.

³⁶ De este modo, se facilita su transporte pues es necesaria una menor fuerza de tracción para su movilidad, aunque el vehículo resulta más inestable en la locomoción.

³⁷ Fernández-Miranda y Olmos (1986) en su extensa monografía sobre el origen del carro ibérico no tratan este aspecto. Tal vez porque no observaran esta diferencia de construcción con el eje a mitad de la caja o el extremo posterior de la misma utilizada en otras culturas de referencia.

³⁸ La ficha técnica del museo lo interpreta como un carro de carácter funerario de cuatro ruedas y ocho radios llevados por cuatro yeguas con un tiro único.

³⁹ La versión oficial refiere al segundo carro tirado por cuatro yeguas.

Referencias bibliográficas

- Abad, L. y M. Bendala. (1999). *El arte ibérico*. Historia 16. Historia viva S.L. Madrid.
- Abad Gavín, M. (1999). *El caballo en la historia de España*. Ed. Universidad de León.
- Agüera, E. (2014). “*La domesticación del caballo e Historia de los arneses y útiles de manejo*”. Ed. Diputación de Córdoba. Córdoba.
- Agüera, E. (2014). “*La domesticación del caballo e Historia de los arneses y útiles de manejo*”. Ed. Diputación de Córdoba. Córdoba.
- Almagro Gorbea, M. (1995). *Aproximación paleoetnológica a la Celtiberia meridional: las serranías de Albarracín y Cuenca*. F. Burillo (ed.), *Poblamiento celtibérico*, 433-446. Zaragoza.
- Alvar Ezquerro, J. (2008). *Entre fenicios y Visigodos. La historia antigua de la Península Ibérica*. La Esfera de los libros. Madrid.
- ÁlvarezOssorio, F. (1941). *Museo Arqueológico Nacional. Catálogo de los exvotos de Bronce Ibéricos*. I-II. Madrid.
- Argente Oliver, J.L. y E. García Soto. (1994). *La estela funeraria en el mundo preclásico en la Península Ibérica*. V Congreso Internacional de estelas Funerarias 1, (77-97). Soria.
- Ballester, I.; Fletcher, D., Pla, E.; Jordá Cerda, F. y J. Alcacer. (1954). *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel, Liria*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto “Rodrigo Caro” de Arqueología. Madrid.
- Bendala M (1977). “Notas sobre las estelas decoradas del Suroeste y los orígenes de Tartessos” *Habis*, 8, 177-205.
- Bermejo Tirado, J. (2010).** *Breve historia de los Íberos*. Ed. Nowtilus. Madrid.
- Bernier, J (1968-69) Una nueva estela grabada junto a las murallas ibéricas de Ategua en la Provincia de Córdoba. *Zephyrus XIX-XX*, 181-185.
- Blanco Freijeiro, A. (1983). Un jinete ibérico de Cástulo. *Lucentum* 2, 199-202.
- Bonet, H. y J. Vives-Ferrandiz, (ed.) (2011). *La Bastida de les Alcusses 1928-2010*. Museu de Prehistòria de València 2011.
- Cherlenok, E. A. (1006). *The Chariot in Bronze Age Funerary Rites of the Eurasian Steppes* (173-1799). In, *Horses and Humans: The Evolution of Human-Equine Relationships*. Oxford.
- Celestino, S. (2006). *Estelas de guerrero y estelas diademadas*. Barcelona.
- Celestino, S. y J.M. Julián. (1991). El caballo de bronce de Cacho Ruano. *CuPAUAM*. 18, 179-188.
- CondeBerdós, M^aJ. (1992). *Arte ibérico. Colección arqueológica Duran/Vall-Llosera*. Ed. Martin. Barcelona.
- Cuadrado, E. (1987). *La necrópolis ibérica de El Cigarrejo (Mulas, Murcia)*. Bibliotheca Prehistorica Hispana XXIII. Madrid.
- Cuadrado, E. y E. Ruano. (1989). Esculturas de équidos procedentes de la colección de Alhonor (Puente Genil, Córdoba). *TP* 46, 203-228.
- Fernández Miranda y R. Olmos Romera. (1986). *Las ruedas de Toya y el origen del carro en la Península Ibérica*. Monografías del M.A.N. 9. Madrid.

- García Blanco, J. (2005). El paraíso mítico: Iberia, el dorado de la antigüedad. *Historia de Iberia Vieja*. 56, (12-23)
- Nieto Gallo, R (1952). La estela de Iruña (Álava). *BSAA* 18, 13-15.
- Quesada, F. (2005). El gobierno del caballo montado en la antigüedad clásica con especial referencia al caso de Iberia. Bocados, espuelas y la cuestión de la silla de montar, estribos y herraduras. *Gladius XXV*, 97-150.
- Quesada, F. y M. Zamora. (2003). *El caballo en la antigua Iberia. Estudio sobre los équidos en la edad del hierro*. UAM, Ed. Madrid.
- Ramos Fernández, R. (1993). *El caballo como divinidad ibérica*. Aura saecula. Homenaje a J. Untermann 267-273. Barcelona
- Recio Véganzones, A. (1994). “Relieve ibérico funerario con caballo de ‘Las Peñuelas’ (Martos)”. Homenaje a José M^a Blázquez II, 476-491 (eds. J. Mangas y Lalvar).
- Riquelme, J.A.(1995). *Presencia de caballo, equus caballus, en el sur de la Península Ibérica. Desde el Paleolítico superior a la Edad Moderna, en, Al-Ándalus y el Caballo*. Lunwerg editores S.A. Barcelona.
- Ruiz Mata, D. (1995). *El caballo en tiempos Prerromanos: representación y función, en Al-Ándalus y el Caballo*. Lunwerg editores S.A. Barcelona.
- San Vicente, J.I. (2008). El jinete desnudo y la silla de montar de la Estela de Iruña (Álava). *Hispania Antiqua XXXII*. 57-92.
- Vicent Zaragoza. A.M^a y A. Marcos Pous. (1995). *Elementos de arnés tardorromano en Córdoba*. En 1^a Jornadas de la Real Academia de Córdoba. Diputación Provincial. Córdoba.

Colección Biblioteca ecuestre

Serie: La Domesticación del Caballo e Historia de los Arneses y Útiles de Manejo, 5



UCOPress
Editorial Universidad
de Córdoba